

SOBRE mi mesa de trabajo tengo unas cuantas flores, unos crisantemos de diversos colores: amarillos, amarillos, blancos... Colores de la vida, aunque se les administre por el humano, como semblanza de lo efímero, y se les deposite sobre las tumbas de nuestros antepasados. Pero en esta mañana fría de noviembre que recalca la magia de una fiesta rotunda, metida en la vértebra de los contagios solidarios; me atraen sobremanera estos focos de color. Amarillos punzantes y blancos que rozan lo impoluto. Es un ramo de flores con olor a cementerios viejos y nuevos, con sabor a plegarias. Porque estas flores novembrinas que se recogen en los bancales huertanos, con el monólogo de su significado; se aprietan entre surcos y demandan la mirada de los artistas. Estos crisantemos del tiempo frío, invierno de la vida y de los remansos solitarios; me invaden en sus sonoras y plásticas expresiones. Es cuando la huerta acoge su estampa nostálgica y bella, separándolos de sus otros compañeros vegetales, mimándolos con una gracia y ternura inaccesible. Se yerguen entre los cuadriláteros de sus espacios y vibran a la luz del sol casi invernal. La misma naturaleza se encarga de ubicar sus voces entre nosotros y el amarillo del crisantemo no es de pose primaveral pero sí se matiza con una cadencia de melancolía, sus hojas mismas se estiran como parodiando los dedos de seres amados, todo su talante, estructura vegetal, escancia la hondura de su virtud, como preparados para el mágico rito de ser recogidas, por manos amorosas, que las llevarán, en plenitud de ramos, a viejos Camposantos, donde laten las almas de nuestros antepasados.

Ésta es la grandeza de estas flores, de

los crisantemos, entre otros grupos de botánica que, en esta época, se asoma a la naturaleza, se repliega entre los bancales y parece que nos miran quedamente, con una expresión inquisitiva.

La mañana, fría de este primero de noviembre, luminosa y espléndida, huele a crisantemos, a flores dispuestas a embellecer las losas heladas de los cementerios. Miles de personas, familiares; van con sus ramos a llevar el aliento, el recuerdo a sus seres desaparecidos, a quienes han sido enterrados en este o aquel cementerio de aldea, hasta el más abandonado de todos, como el que nos evoca Leopoldo Alas, en su Regenta: un simple espacio con matujas y nada más, pero en su interior yacía un ser humano que aunque fuera ateo, sin embargo permanecía a la espera de la Resurrección.

Alguien llora siempre junto a una losa de cementerio, en los más amplios y en los más lacónicos de nuestros pueblos castellanos, donde las cancelas chirrían cuando se las abre, donde sólo queda el ciprés teológico.

Es el rito de esta festividad que nos recuerda a los seres queridos que hemos perdido: el de llevar flores a las tumbas de los muertos, abriéndose de par en par los cementerios de las urbes y aldeas, de los pueblos grandes y de los que apenas cuentan con unos cuantos habitantes. ¡Qué más da! Para mí, el sumiso cementerio posee más encanto que el de las grandes urbes con sus enormes aposentos. Conozco humildes camposantos con apenas losas deterioradas que no conservan nada más que un nombre cortado por el paso del tiempo, como los de las aldeas de Castilla cercanas a los pueblos abandonados, con cruces torcidas y el viento fisgando por sus

huecos. A veces he visto a una sola figura negra, acercarse sin nada a un rincón de aquél y arrodillarse. Es un ritual que se lleva en el interior del hombre y que lo manifiesta a su modo, prescindiendo de los que como Kafka, evitan: «el llevar flores a las tumbas», pues éste es otro cantar. Sin embargo, desde antiguo se veneraba a las almas de los muertos y se les consagraba el recuerdo como algo que formaba parte del orden familiar enraizado en la entraña de los pueblos, pues entre la vida y la muerte tan sólo existe un simple paso, algo tan natural como el respirar. Pero ello se situaba dentro del orden del parentesco fecundado por la llama del fuego del hogar, que era el vehículo de comunicación con el más allá. De ahí la tesis de la parentela, el sentido del pariente como forma de enfocar el hilo del recuerdo en la ofrenda hacia el familiar desaparecido, como se mantiene tanto en la India como en Grecia y después en Roma dentro del impacto de la paganía, que más tarde, con el Cristianismo se forja en otra transformación, pero manteniendo su estirpe, en cuanto a lo familiar.

La muerte para el clásico es algo usual y susceptible de mantenerse vivo entre sus sucesores, otra cosa es cuando el fallecido carece de herederos que le lloren y le mantengan la ofrenda en fechas singulares, pues entonces pasará hambre eternamente, como se dice por sus cronistas. Lo normal es que se entierre al fallecido en un sepulcro cercano a la vivienda, para mantener fecundo el recuerdo y que se realice próximo al cadáver, la ceremonia de la comida fúnebre que, en los griegos se componía de un arroz cocido con miel y manteca, después se convertirá en un dios penate favorecedor de la familia. Ello significa que desde la antigüedad el hombre dedica aten-

ción al muerto familiar, a la muerte, al más allá. Contempla su mundo y busca comprender al que los que ya nos han precedido, tratando de llevar a cabo ciertas ceremonias que van, desde la del enterramiento en lugares próximos o apartados, hasta la del recuerdo, mediante otras ofrendas contenidas de otra clase de expresión, conmovida por la fe de la religión Cristiana, que rompe con la versión pagana y procura mantener viva la idea de la Resurrección, creyendo en Él que es la «Resurrección y la vida», pero una vida representada en un reino que no pertenece al mundo, ello como remedio a los males y al sufrimiento, como medio necesario para la consecución de la verdad, siendo la muerte un simple vehículo de esta metamorfosis, teniendo de esto un valor permanente y fiel y no un simple consuelo, como demandan algunos filósofos incrédulos, incluso superando toda concepción hermética y puramente ritual de la fecundia judía, al no hallar contaminación ni sentirse el cristiano impuro, al contacto con el cadáver, que en Números y en la Misná mantiene todo un folklore de una creencia del Antiguo Testamento, reteniendo el rito hebreo la usual comida fúnebre en el recuerdo al familiar fallecido. Porque para el judío la muerte es algo connatural y su ceremonial ha de ser sencillo, bastando con la introducción del fallecido en el ataúd y una simple despedida familiar, y el mantenimiento del dolor por sus condolidos parientes durante un año, rememorándose por la comunidad, el día 7 del Adar, por referirse a la muerte de Moisés. La peculiaridad de estos entierros hebreos es que no hay participación de la ofrenda floral que es algo que se conserva entre los cristianos como forma de mantener el nexo entre el vivo y quien participa



de los dones escatológicos, y por tanto están alimentados por la fecundia de la trascendencia.

De aquí que para nosotros que busca-

mos más lo trascendente por integrarnos en una tradición judeocristiana; nos sentimos atraídos por la forma y el color de la flor del mes de noviembre que es el cri-

santemo en toda su variedad, pues ya su etimología nos dice que procede de Khry-sos, que es oro y anthemos, flor, por lo que esta bellísima flor de sutiles y acrisoladas hojas nos envuelven en un halo de luz y de paz interior, como si su presencia iluminara la aparente negrura de cada tumba.

Parece ser que esta flor de origen hindú y japonés es introducida en Europa en el siglo XVIII, en 1797 y un poco más tarde en España, en Aranjuez, la ciudad que posee los mejores contrastes de ese matiz de oro en sus meses otoñales, existiendo variaciones que van desde las que poseen flores pequeñas o «pompones», a las más grandes como las chinas y japonesas. En cualquier supuesto el crisantemo es como un sutil latido de luz, como una reliquia que nos envuelve en una densa melancolía como el momento en el que surge en el banal, se yergue para que alguna mirada se sienta agradecida y presienta la necesidad de cogerlas suavemente formando un ramo, que pondrá, más tarde encima de una losa del cementerio.

Aunque mucho se escriba sobre la comercialización de estas fechas, de la relación puramente económica de este acto de compra de flores para llevar a los camposantos, sin embargo presiento en todo ello una simbología consoladora y eficiente, algo que traduce un sentimiento y aporta la magia del mes novembrino cuajado de enseñanzas sumas, como el latido del último encuentro o la llegada del amante con el auténtico Amor que es la luz suprema de la que dimana la belleza, como la del crisantemo de oro que aspira a dar la alegría en este tiempo de silencio, de nostalgia, como preludivo el penúltimo mes del año, haciéndonos sentir el peso de la

vida que transcurre sin darnos cuenta, como un camino que llega a la muerte, el fin de la comedia... «que es cuando se acaba la vida...», y como señala Cervantes en el Cap. VII, 2ª parte, «a todos les quita la muerte la ropa que los diferenciaban quedando iguales en la sepultura». Pues en este mensaje novembrino el amarillo oro del crisantemo es una voz, un gesto, un símbolo que transmite una alegría, muy a pesar de lo solitarios que se quedan sobre las tumbas recién lavadas.

En la rememoración de la festividad de los Santos se hace declamar este signo de trascendencia para quien cree y sostiene en sí la belleza de una flor, el milagro de su latido, que justifica el hecho concreto y vital de éste «llevar flores al cementerio». Y entonces todo se prepara como elevando una plegaria a los que nos precedieron, simbolizado por el color y olor de los crisantemos o de los dulces típicos de estas fechas enhebradas de fillos telares de sentimientos compartidos, de voces ausentes, de rostros desaparecidos que llevamos en nuestro corazón. La liturgia eclesial pronuncia la palabra, alegría, en esta efeméride gloriosa, pero desde el lado humano no podemos desprendernos de todo el talante tenebroso y sencillo que implica el acompañar, en los cementerios a los que han compartido con nosotros unas vidas plenas de sentido, a nuestros familiares, parientes a los que les ofrecemos el recuerdo, la oración y también la bella flor de un crisantemo, de miles de crisantemos, la flor de lo metafísico para que por un día, nuestros cementerios no sean la cima de la muerte, sino el jardín de la Resurrección. Valle Florido de Josafat.

F. Saura Mira